

## APUNTES CRÍTICOS SOBRE LA PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA EN ARGENTINA

*Javier Nástri\**

### RESUMEN

Se discuten algunos de los rasgos que caracterizan a la práctica de la arqueología en Argentina, partiéndose de la idea de que, más allá de las diferencias teóricas, existe un modelo de práctica común, basado en la fuerte definición del "campo" disciplinar.

A partir de lo anterior se critican los argumentos empleados para justificar el elevado grado de autonomía del campo arqueológico, a la vez que se plantea la superación de la misma mediante el reconocimiento de la distinción entre los aspectos técnicos de reconstrucción del pasado y la instancia del análisis cultural, donde la especificidad de la disciplina debería diluirse. Finalmente se hace referencia a algunas cuestiones básicas para la construcción de un modelo alternativo de práctica científica en torno al estudio de la relación sociedad-cultura material.

### INTRODUCCION

La disciplina arqueológica se ha convertido ella misma en una pieza de museo, aislada, incomunicada. Cabe preguntarse porqué se encarga en forma solitaria de abordar el 99% del pasado de la humanidad. ¿Porqué, si existen tantas disciplinas que analizan la cultura contemporánea o histórica, todas se detienen ante el umbral de la prehistoria?. ¿La responsabilidad es de esas disciplinas, que no se animan a lidiar con los silencios del registro arqueológico?. ¿O, peor aún, consideran poco importante las lecciones de sociedades ya extinguidas?. ¿O la responsabilidad es de los arqueólogos, que defienden para sí el uso exclusivo de este pasado más "remoto"? Para elaborar una respuesta a este interrogante es necesario analizar las relaciones de las diferentes disciplinas con el pasado prehistórico. En el presente texto intentaré explorar el caso de la comunidad arqueológica, tal como se desarrolla en Argentina en la actualidad.

En primer lugar abordaré la cuestión del papel de los arqueólogos como productores culturales, atendiendo a sus inserciones laborales y grupos de referencia. Del análisis de la situación argentina desprenderé, como tesis principal, la existencia de un modelo elitista de práctica arqueológica, justificado hoy en día mediante una glorificación del método. A continuación sostendré que una ruptura de la concepción



unitaria de la práctica arqueológica permitiría superar el aislamiento disciplinario aludido, el cual contribuye en gran medida a la perpetuación de las formas elitistas y conservadoras de práctica científica. Tras discutir algunas de las direcciones posibles del cambio, finalmente me referiré a ciertas esferas particulares del trabajo arqueológico -la escritura, el trabajo de campo, las relaciones con otras disciplinas, la transferencia al público- en las cuales creo que existe un potencial para la transformación de la práctica disciplinaria hacia posiciones más activas y eficaces en la crítica del orden social contemporáneo.

Shanks y McGuire han señalado certeramente que a diferencia de otras ciencias sociales, la arqueología es popularmente asociada no a un programa intelectual sino a un tipo de actividad: la de excavar la tierra (Shanks y McGuire 1996:76-77). Podría pensarse que los diferentes "movimientos teóricos" desarrollados en el ámbito de la arqueología anglosajona desde la década del '60 han buscado superar la pobreza de esta definición, ya sea intentando elevar el status de esas tareas de excavación a un programa intelectual (principalmente con el estudio de los procesos de formación del registro) o, por el contrario, buscando construir dicho programa faltante en torno a la relación sociedad-cultura material.

En la arqueología argentina sólo ha tenido eco hasta el momento la primer estrategia. Sostendré que la misma se encuentra estrechamente relacionada con la expresión de una particular forma de elitismo en la práctica de la arqueología. Opuesta a esta tendencia -fundamentalmente en el área de estudios andinos- se erige una postura alternativa que entiende a la arqueología como parte de la antropología y de la historia<sup>2</sup>. Coincidiendo con Patterson en cuanto a que no existe una especificidad teórica de la arqueología, pues las únicas teorías arqueológicas tienen que ver con la metodología (Patterson 1990:20), considero que esta última corriente cuenta con elementos para cuestionar seriamente las justificaciones teórico-epistemológicas que sostienen el mencionado elitismo, pero lamentablemente dichos elementos no son frecuentemente explicitados. En este sentido, este trabajo apunta a destacar la importancia de distinguir analíticamente distintos niveles de interpretación al trabajar con fuentes arqueológicas.

Analizar críticamente la ideología de un modo de practicar arqueología requiere la ubicación previa de la labor de los arqueólogos en el marco social más amplio. De otro modo se corre el riesgo de intentar establecer un vínculo directo entre términos muy alejados, pasando por alto la mediación fundamental de ese universo social particular constituido por el campo de la producción cultural (Bourdieu y Wacquant 1995:44).

## LOS ARQUEOLOGOS Y SUS GRUPOS DE REFERENCIA



No resulta sencillo definir el lugar de la arqueología en el contexto de la categoría social de "intelligentsia", tanto por la falta de consenso en torno a la caracterización de ésta, como por la naturaleza de la práctica arqueológica, que mezcla de un modo particular componentes de las culturas humanística y científica (Morin 1992:70).

En términos generales, la acepción restringida del término intelectuales alude a aquellas personas que, con un alto nivel de instrucción emplean su saber de modo crítico y creativo para la reflexión u acción respecto de la organización de la sociedad o la expresión de sus valores culturales. Usualmente se tiene en mente a las figuras de los escritores, filósofos y pensadores sociales "que mantienen relaciones importantes pero inciertas con un orden social y sus clases principales" (Williams 1982:201). Sin embargo, la mayoría de los autores destaca la utilidad del empleo de una concepción amplia de intelectuales a partir de la cual pueden luego examinarse las presiones y motivaciones contradictorias que los afectan en función de sus inserciones (profesionales y generales) y sus orientaciones particulares. En este sentido intelectual es aquel que articula aptitudes comprobadas y reconocidas con un proyecto o ambición (Bourricaud 1990:12).

Bourricaud sostiene que todos los intelectuales (maestros, profesionales, funcionarios, expertos, artistas, eruditos, etc.) en la medida en que se ganan la vida en instituciones públicas o privadas, desempeñan papeles sometidos a presiones particularmente fuertes y a menudo divergentes. De esta manera un intelectual está ligado tanto a varios grupos de pertenencia como de referencia, y de esto resulta su crónico malestar (Bourricaud 1990:13).

No son muchos los grupos que contienen al conjunto de los arqueólogos argentinos. La gran mayoría de ellos son docentes e investigadores universitarios en Facultades de Humanidades o, en menor medida, de Ciencias Naturales. En muchas administraciones municipales y provinciales existen funcionarios encargados de ejecutar políticas de protección del patrimonio arqueológico, tanto en los gobiernos como en los museos dependientes de éstos; pero como puede observarse en la figura 1 la distribución de los arqueólogos en actividad (que sigue el mismo patrón macrocefálico de la población) sugiere un bajo nivel de aprovechamiento y/o apertura de los ámbitos de inserción locales.

Otra inserción posible para los arqueólogos, estimulada por las últimas reformas educativas, es la de la enseñanza media y terciaria.

En los países centrales existe un marco legal que obliga a las empresas que realizan obras de construcción a ejecutar previamente el salvataje arqueológico de los restos existentes en los depósitos removidos. Pese a que en Argentina las leyes de protección por lo general no se aplican ni se cumplen, algunas empresas, especialmente



las extranjeras, ya contemplan en sus proyectos el financiamiento de tareas de rescate. De modo que puede decirse que existe cierto desarrollo en Argentina de la arqueología de contrato, aunque ésta sólo constituye una ocupación ocasional para los arqueólogos que trabajan en la misma. Menor desarrollo tiene la inserción de los arqueólogos en el ámbito del turismo; y mucho menos aún en el del arte y el periodismo, pese a que en éste último campo existe un enorme potencial en virtud del gran interés del público sobre los temas arqueológicos. Esto vale también para la literatura de difusión.

De manera que de entre las varias instancias de inserción posibles para los arqueólogos, la universidad y el organismo nacional de investigación poseen una preeminencia casi absoluta. Otras inserciones están tenuemente desarrolladas, constituyendo generalmente un complemento más o menos ocasional de la actividad de investigación central del arqueólogo.

La concentración casi excluyente en un único grupo de pertenencia se da conjuntamente con el sentimiento de adhesión a un único grupo de referencia: el de los científicos; y referencias tales como la de científico, experto, gufa del movimiento social, etc. son elegidas según Bourricaud en función del carácter del intelectual, del momento histórico y de la tradición con la cual éste se identifica (Bourricaud 1990:13). La tradición incluye por un lado las reglas y criterios propios de las prácticas institucionales de la academia, etc.; y por otra parte las creencias y símbolos, que poseen un ámbito de difusión mucho más extendido en la sociedad. La tradición que Shils denomina intelectualista, caracterizada por la reivindicación del positivismo y del método lógico-experimental (Bourricaud 1990:21), es la elegida por la gran mayoría de los arqueólogos actuales en el curso de su vida profesional. Sustituyó en su momento a la tradición romántica que privilegiaba la espontaneidad, originalidad y creatividad del investigador, a principios de siglo (cf. Haber 1995). La tradición revolucionaria fue tenida en cuenta por los arqueólogos sólo en aquellos países donde el pasado indígena no constituye un pasado remoto sino que está viva en la experiencia de la población actual; México y Perú constituyen dos exponentes clásicos al respecto (Oyuela-Caicedo et al 1997)<sup>3</sup>.

Si algún tipo de "malestar" aqueja al arqueólogo argentino éste no proviene entonces de su relación con varios grupos de referencia, sino de las tensiones entre la referencia elegida (ciencia positivista) y la inserción académica predominante (facultades de humanidades). Esta tensión se ve agudizada por aquello que Shanks y Tilley identificaran como "primacía al objeto" (Shanks y Tilley 1987), y que puede generar en muchos arqueólogos la ilusión de que su labor es efectivamente del tipo de las ciencias naturales. Esta ilusión no es ingenua; constituye el fundamento de un modelo de práctica elitista, orientada por el *metodologismo*, una de las dos "desviaciones" que amenazan a las ciencias sociales<sup>4</sup> (Bourdieu y Wacquant 1995).



## ELITISMO Y ARQUEOLOGIA EN ARGENTINA

Además de la "primacía del objeto", la arqueología heredó del anticuarismo algo del carácter aristocrático de ésta. Los arqueólogos manipulan objetos de alto valor simbólico y económico, de escasa utilidad social directa y restringida circulación. Para obtenerlos deben realizar complejos procedimientos cuyo elevado costo no es recuperado en ninguna instancia posterior. De modo que la realización del trabajo arqueológico sólo es posible mediante un mecenazgo "desinteresado" o mediante la posesión de fortuna personal. Ambas situaciones resultan en un cierto distanciamiento del arqueólogo de las preocupaciones monetarias. Este distanciamiento es saludable en lo que respecta a la no participación en la lógica del lucro, pero es peligroso si instaura la idea de que la arqueología es una actividad restringida a una elite de excéntricos, que busca disfrutar de una especie de turismo aventura con cuotas de exotismo.

La participación de los estudiantes (o, en otros países, incluso los legos) en las campañas arqueológicas, en forma gratuita (y a menudo hasta corriendo con gastos), constituye un buen indicador de la existencia de un *campo*, dado que expresa la circulación de una especie particular de capital cultural o simbólico, junto con un desinterés en la especie tradicional del capital. Este medio informal de entrenamiento científico opera en forma selectiva respecto de los aspirantes a ingresar en el campo, determinando en buena medida la forma de la práctica de la arqueología en Argentina: aquellos con obligaciones laborales se ven fuertemente desfavorecidos en la competencia por lograr un lugar en los equipos de investigación; a la vez que los estudiantes con mayor espíritu crítico no ven cumplidas sus expectativas en un campo dominado por el mero deseo de "pertenecer" a los equipos más prestigiosos, definidos en términos absolutamente esotéricos y desconectados de la realidad cotidiana.

Afortunadamente, ninguna disciplina académica tolera una trivialización semejante de la práctica científica como sería el caso de la arqueología como turismo aventura, de modo que a poco de ingresar, los estudiantes experimentan el cambio de la imagen popular a la consideración profesional de la disciplina. Pero si bien el acceso al conocimiento que provee la academia introduce nuevos y más sofisticados criterios de definición de la práctica, esto no implica que se esté a salvo del fantasma del elitismo. El mecanismo de selección inicial en favor de aspirantes "apolíticos" alcanza para asegurar una formación de recursos humanos proclives a aceptar formas elitistas, que ahora se presentan en un nuevo marco de referencia: si antes se elegía a la arqueología como signo de distinción social (como un placer hedonístico [ver Daniel citado en Tilley 1998:321], o como "lo mejor que se puede hacer con los pantalones



puestos” [Flannery 1982:278]), una vez que se ingresa en el campo la necesidad de distinción se experimenta en relación a diferentes subgrupos del mismo campo arqueológico; hacia aquellos que no comulgan con el credo de turno de la élite.

El contenido concreto que adopte la postura elitista es relativamente menos importante que la función de distinción de la élite de iluminados o vanguardia. Esto explica que en Buenos Aires la hegemonía de la Escuela Histórico Cultural se continuara sorprendentemente a mediados de los '80 en la ortodoxia de la versión local de la Nueva Arqueología: más allá de las grandes diferencias paradigmáticas, ambos marcos son compatibles con una motivación apolítica para la práctica de la arqueología, sirviendo como justificaciones para establecer diferencias con quienes creen que la arqueología requiere un compromiso con el presente<sup>6</sup>.

A diferencia del medio británico, donde el fuerte involucramiento reciente de los arqueólogos con la teoría social agita para algunos el fantasma de un elitismo teorístico (Hodder 1989:17), en Argentina el elitismo arqueológico se manifiesta principalmente en una forma específica del *metodologismo*; hecho más consistente con la hegemonía de la arqueología procesual. El *metodologismo*, entendido como la separación de la reflexión sobre el método de su puesta en práctica en situaciones concretas implica la creencia en “el arte por el arte” que busca desarrollar la investigación científica rechazando toda función social de la misma (Bourdieu 1983:28).

El trabajo de campo arqueológico es muy caro, sobre todo por la lentitud requerida para la extracción de un máximo de información. Por otra parte existe una presión del medio que impone al arqueólogo cuidarse de mostrar desprolijidad en la excavación, a los efectos de diferenciarse de los saqueadores y los malos arqueólogos (o anticuados). De modo que en el evento de la excavación, el colaborador debe preocuparse no sólo de no cometer errores (que por lo general, son irreparables), sino también, de no retrasar la excavación. Ambas exigencias suelen resultar contradictorias, lo cual casi inevitablemente agudiza las tensiones generadas por la convivencia prolongada impuesta por la situación de trabajo de campo. En este marco es que toma cuerpo otra versión “apolítica” de la arqueología: la que la presenta como un deporte. La destreza en el manejo del cucharín aparece como un don o como una habilidad que debe entrenarse, totalmente aparte de la cultura del discurso crítico propia de las ciencias.

El fraccionamiento de las actividades de investigación en múltiples etapas, a cargo de gran cantidad de operarios sin duda contribuye a que, sin un panorama completo del sentido del trabajo en curso, los colaboradores deben apelar exclusivamente a sus propios juicios acerca de la excavación. Así se entablan críticas acerca de los modos de excavar de tal o cual colega (“excava por niveles artificiales!”, “excava mediante capas de tantos centímetros!”) sin evaluar la estrategia en el marco de los objetivos de la investigación y la naturaleza de la matriz, del registro arqueológico en cuestión, etc.



Una adopción plena por parte de la arqueología de método reflexivo (Hodder 1997) promete transformar esta situación, tanto en lo que hace a la excavación, como al trabajo de gabinete. Como señala Bourdieu:

*...a menudo es necesario, para ser científico, faltar a las apariencias de la cientificidad, incluso contravenir a las normas vigentes y desafiar los criterios ordinarios de rigor científico [...] Muchas veces, la verdadera ciencia no se antoja muy atractiva y, para promover su avance, resulta con frecuencia necesario exponerse a no exhibir todas las señales externas de la cientificidad (las cuales son muy fáciles de simular). Entre otras razones, porque los semihábiles reparan en aparentes faltas a los cánones de la "metodología" elemental y porque su seguridad positivista los inclina a percibir como "faltas" y como efectos de la torpeza o de la ignorancia, elecciones metodológicas fundadas en un rechazo a las facilidades de la "metodología".*

(Bourdieu y Wacziarg 1995:183).

Tanto el viejo empirismo arqueológico como el más reciente metodologismo, tienen en común el hecho de eludir el otorgamiento de sentido a los hechos y evidencias del pasado<sup>7</sup>. Esta debería ser precisamente la función principal de la arqueología. Requiere desarrollar instancias y mecanismos de inferencia específicos a partir de fuentes de cultura material, fuentes frente a las cuales suelen detenerse otros científicos sociales<sup>8</sup>.

### POR LA SUPERACION DEL METODOLOGISMO

Giddens ha establecido una diferenciación entre las ciencias sociales y las naturales basada en el número de instancias de interpretación. Mientras que la hermenéutica de las ciencias naturales está dirigida sólo al discurso de los científicos, en el caso de las ciencias sociales el objeto de estudio incluye a su vez a las propias interpretaciones de los agentes respecto de su mundo social (Giddens 1995). Shanks y Tilley hablan en este sentido, de una "cuádruple hermenéutica" para la arqueología, que involucra las siguientes instancias interpretativas: **1)** la del discurso científico; **2)** la de la propia sociedad; **3)** la de la "otra" cultura; **4)** la de un pasado que debe reconstruirse (Shanks y Tilley 1987:108).

Si la Nueva Arqueología "perdió la inocencia" al distanciarse del empirismo ingenuo que trataba a su objeto como dado; pasó, no obstante, por alto la cuestión de los niveles de interpretación implicados en su objeto de investigación. De este modo se llegó al absurdo de confundir la utilización de principios físicos para dar cuenta de los procesos naturales de formación de sitios, con una supuesta "construcción de teoría arqueológica". Dado que el arqueólogo procesual necesita interpretar los





depósitos que excava, y a la vez sabe que toda interpretación está orientada teóricamente, de allí concluye que la lógica que guía la formación del depósito debe extenderse a las interpretaciones acerca de la sociedad estudiada, de modo de mantener un razonamiento coherente. El resultado no puede ser otro que la imposición sobre los fenómenos sociales de un pobre marco interpretativo teñido de un naturalismo conductista.

El reconocimiento de la doble hermenéutica no implica utilizar lógicas diferentes para analizar los procesos físico-naturales y el mundo social, puesto que la lógica del segundo contempla la de los primeros y no a la inversa, como sostiene la posición naturalista. Por esta razón no existen fundamentos para el argumento procesual que niega la posibilidad de desarrollo de técnicas standard de recuperación del registro arqueológico (Borrero 1995:156)<sup>9</sup>; argumento a partir del cual con frecuencia se deduce la imposibilidad de comparar datos obtenidos por investigadores enrolados en distintos marcos teóricos. El hecho de que las herramientas de análisis requieran un reajuste y control permanente, no implica que cada investigación deba partir de una tábula rasa<sup>10</sup>. Sociólogos, geógrafos, historiadores, etc. hacen uso de información recopilada para otros fines (censos, encuestas, mapas, "visitas", etc.) y bajo supuestos que difícilmente compartan en su totalidad; sin embargo esto no impide el desarrollo de las investigaciones sino, con frecuencia, todo lo contrario. El problema de la arqueología es que no puede echarle a nadie la culpa respecto de falencias en la obtención de la información de base, dado que la misma es recopilada por los propios arqueólogos<sup>11</sup>.

Resulta particularmente interesante la propuesta de Carver respecto de "excavar ideas". Este autor cuestiona la noción de que una hipótesis deba dominar la agenda de investigación al grado de sacrificar por ella todo el depósito arqueológico excavado (Carver 1989:670). Así como es imposible registrar todos los aspectos necesarios para contestar todas las preguntas posibles acerca de una sociedad extinta; por el otro, es contrario a la ética que al destruir los depósitos arqueológicos durante la excavación, se registre sólo aquello relevante para la hipótesis específica de investigación (Flannery 1982:275-276). Es necesario, por lo tanto, articular profundamente el trabajo de campo con la investigación bibliográfica, de modo de construir con anticipación a la excavación un modelo de "repertorio de actividades asumidas" para la sociedad en cuestión<sup>12</sup>, junto con un modelo de "visibilidad" de sus restos, que permitan establecer expectativas para la excavación, que siempre son dependientes del estado de la cuestión en un momento dado de la historia de la construcción del conocimiento (Carver 1997:670-671; Criado Boado 1993b; Nasti c.p.).

Ambos modelos, el de actividades y el de visibilidad, posibilitan un primer abordaje que ponga a la significación entre paréntesis, y que por lo tanto, se realice en cierto modo, al estilo de las ciencias naturales. Con los resultados de este primer



abordaje se cuenta con una base más firme, por ejemplo las rutinas cotidianas de espacio-tiempo (Giddens 1995:102-106), como para pasar a incluir en una segunda instancia a las propias interpretaciones de los agentes del pasado respecto de sus prácticas sociales, que también dejan sus huellas en la cultura material y que resulta indispensable considerar aunque sea hipotéticamente para examinar las estrategias sociales específicas llevadas a cabo por los actores del pasado. Aquí sí variarán los resultados según se emplee un marco teórico marxista, estructuralista o funcionalista; en cambio para determinar si una sociedad prehistórica producía alimentos o sólo los recolectaba, tal diferencia no resulta significativa, puesto que la manera de clasificar a las actividades de subsistencia es compartida por todas las corrientes teóricas.

Durante mucho tiempo, el debate arqueológico sobre el significado se redujo a una estéril discusión acerca de si correspondía (!) estudiarlo o no, dado que según a la opinión más extendida no reunía las condiciones para ser abordado por el método científico. Lo cierto es que constituye una parte integral de las sociedades estudiadas que no puede dejarse de lado si se aspira a comprender a las mismas más allá de las meras actividades físicas ejecutadas por actores sociales en el pasado. Hasta donde se llegue depende de varios factores, siendo el más importante la habilidad del investigador para otorgar sentido a una evidencia fragmentaria. Una actitud de censura es claramente contraria al espíritu científico, el cual, por el contrario, se mantiene vivo en la inventiva e imaginación del investigador: si se aplica a la primer o segunda "instancia" de la investigación arqueológica es sólo una cuestión de elección personal, que no debe implicar ninguna jerarquía científica. Sin embargo, dado que existe una única denominación altamente legitimante- arqueología- es comprensible que haya disputas en torno a su definición.

### LA LUCHA POR LA DEFINICION DE LA CIENCIA ARQUEOLOGICA

Lo dicho hasta aquí respecto de la complejidad que presenta la construcción del dato arqueológico reconoce la legitimidad de la pretensión de los arqueólogos procesuales de desarrollar estudios técnicos como los que abordan los "procesos de formación de sitios", para efectuar una reconstrucción fiable del repertorio de actividades prehistóricas. Lo que en modo alguno puede justificarse es la pretensión de vaciar una ciencia ya existente, la arqueología, para que prácticamente asuma sólo esta misión. Por otra parte, resulta lógicamente necesaria la precedencia de la arqueología como disciplina independiente que otorgue una definición de registro arqueológico, para que este pueda ser tomado como objeto de estudio por esa "ciencia del registro arqueológico" ¿Hará realmente falta fundar una nueva disciplina o desplazar a una ya



existente? ¿O basta con expandir el bagaje de conocimientos técnicos acumulados por la arqueología? ¿Es necesario paralizar la interpretación del pasado prehistórico hasta que “la ciencia del registro arqueológico” resuelva todos los problemas de formación del mismo? Sería lo mismo que se pretendiera que la arqueología no comenzara hasta que las ciencias duras resuelvan todos los interrogantes del mundo físico-natural. Esa elección inicial (la de dedicarse a la antropología prehistórica) está claramente más allá del derecho de impugnación por parte de los fundamentalistas del positivismo. Del mismo modo lo está el derecho a dedicarse a la interpretación del pasado prehistórico, en vez de a la explicación de la formación del registro arqueológico. Como dijera un gran historiador :

*Quedan todavía algunos positivistas ineducables que, más que discrepar de las conclusiones de los historiadores sociales, desean rechazar sus preguntas.*

*(Thompson 1995 :297).*

Y tal actitud, lejos de la neutralidad valorativa de las ciencias naturales, constituye una actitud no menos política.

Pero así como la arqueología positivista pretendió subsumir la segunda instancia interpretativa en la primera (con la teoría del rango medio, por ejemplo), surgen otros riesgos a partir del reconocimiento post-procesual de la subjetividad del autor. Por un lado pueden adoptarse posturas relativistas en extremo que permiten una nueva subsunción en sentido inverso, de la primera instancia interpretativa en la segunda. Se llega de este modo al aludido *teoricismo*, en donde justamente pierde sentido la contraposición de distintos puntos de vista en función de que poco aporta la evidencia empírica a las formulaciones teóricas previas.

El dato bruto no existe, mas es diferente la carga teórica invertida en ciertas instancias de interpretación que en otras. Más aún en el caso de apelar a tecnología computacional, la cual a la vez que expande el potencial de reflexividad mediante la capacidad de “clasificación retroactiva”, requiere paralelamente

*una separación de la descripción como una inferencia de bajo nivel, de las inferencias (de alto nivel), o una diferenciación entre diferentes conjuntos de inferencias.*

*(Hassan 1997:1024).*

Los autores post-procesuales señalan acertadamente que toda arqueología se ve envuelta en una práctica interpretativa, aún en aquellos que pretenden realizar un abordaje hipotético deductivo (Hodder 1992). Se introduce entonces la noción del *espiral hermenéutico*, aclarando que el mismo no constituye un “círculo vicioso”, sino una forma de construcción de conocimiento. Pero no suele irse más allá de esta mera declaración de principios en un tema tan importante. Por mi parte creo que las discontinuidades existentes entre las diferentes instancias de interpretación a que me he referido son precisamente las que impiden el razonamiento circular. Por discon-



tinuidades aludo a los cortes entre distintas lógicas que gobiernan el funcionamiento de los diversos aspectos tanto de las sociedades del pasado como del registro arqueológico. Esos cortes proveen medios de contrastación independientes, no absolutos ni mucho menos completos, pero sí relativamente independientes al fin, que permiten de esta manera responder a preguntas para cuya resolución existe evidencia fragmentaria<sup>11</sup>.

Lo anterior nos lleva a cuestionar la posibilidad de un "modelo textual" del registro arqueológico (Patrik 1985), salvo para contextos armados ex-profeso para un receptor (como muchos funerarios o rituales). Las ruinas o restos de una sociedad son justamente restos, que no fueron dispuestos especialmente como mensajes para el excavador del futuro. Sobre las reconstrucciones del repertorio de actividades sí que resulta útil y necesario realizar análisis semióticos o de cualquier otro tipo. Quizás la fuente del error resida en la costumbre de los arqueólogos de buscar sobreponer simplemente un "modelo" directamente al registro arqueológico, para así decir si coincide o no. Hace falta alcanzar mayores niveles de abstracción, no detenerse tanto en los objetos, sino usarlos preferentemente de medios para realizar análisis culturales del mismo modo que se hace respecto de sociedades históricas, etnográficas o contemporáneas:

*...la arqueología se debe resistir a entrar en los cauces actuales de la mera cosificación; debemos reinventar una arqueología sin objetos, una arqueología liberada de la atadura a las cosas-piezas, a los fósiles.*

*(Criado Boado 1993a:9).*

## ¿UNA O MUCHAS ARQUEOLOGIAS?

A partir del reconocimiento de diferentes instancias de interpretación en arqueología, tan complejas unas como otras, es posible efectuar evaluaciones y valoraciones de los resultados de las mismas en sus propios términos. Densas monografías descriptivas de la arqueología tradicional son aprovechadas hoy como materia prima de estudios interpretativos (por ej. Tilley 1991). No obstante resultar cierto el hecho de que dichas obras monumentales explicaban muy poco (Tilley 1991:14), no es justo despreciar la labor de quienes han proveído con gran esfuerzo la documentación arqueológica de base para los nuevos estudios; lo que hace falta son criterios para distinguir diferentes tipos de trabajos en relación con el registro arqueológico y diferentes formas de inserción de la labor arqueológica. Pareciera que sólo se tiene en cuenta a la arqueología como investigación, lo que trae aparejado muchos perjuicios: se forman investigadores que requieren un apoyo técnico especializado para el cual no existe formación de recursos humanos; no hay quien se



haga cargo de la tarea profesional de realizar salvatajes arqueológicos o actividades de extensión; en muchos otros casos, por el contrario, se hace pasar a meros salvatajes arqueológicos como investigación; etc..

Recientemente, Shanks y McGuire han propuesto concebir a la práctica de la arqueología en términos de "artesanía", entendiendo que en ella se funden el razonamiento y la ejecución de una tarea, aspectos cognitivos y expresivos (Shanks y McGuire 1996:79-80). Resaltan mediante esta concepción el componente emotivo existente en la elección de explorar la presencia material del pasado y la necesaria unión de teoría y práctica que deja de lado toda relación jerárquica entre ambas (Shanks y McGuire 1996:78, 81). Toman la noción de artesanía del movimiento inglés de vanguardia artística de las Artes y Artesanías de comienzos del siglo XX, que buscaba restaurar la unidad entre el pensar y el hacer, como un modo de rechazar el creciente carácter alienante y jerárquico del trabajo industrial.

Creo que no obstante las buenas intenciones de los autores respecto de revestir de utilidad social a la disciplina, su propuesta puede adquirir un sentido equívoco; más aún en contextos como el argentino<sup>14</sup>. Para Shanks y McGuire la noción de artesanía es útil porque permite focalizar la atención en el trabajo que *unifica* a todas las *diferentes arqueologías* (Shanks y McGuire 1996:78) y en esto creo que reside al aspecto negativo de la propuesta: una negación meramente retórica de la división del trabajo no sirve más que para enmascarar su existencia. Precisamente la historia del desarrollo del Movimiento de las Artes y las Artesanías demuestra que pese a sus nobles objetivos románticos y revolucionarios, no pudo vencer los obstáculos estructurales propios de la organización de la sociedad inglesa de fines del siglo XIX<sup>15</sup>. Las condiciones de mercado no permitieron que el trabajo de los obreros empleados por los arquitectos del movimiento fuera menos alienante; ni tampoco que los productos del movimiento tuvieran como destinatarios otros *clientes* fuera de la clase pudiente (Devey 1980:211). Creo que aquí se expresa la oposición estratégica entre pretender democratizar totalmente aquí y ahora la relación con el pasado, con la casi seguridad de que los únicos que puedan hacer uso de ese derecho sean grupos sin interés en transformar el orden social<sup>16</sup>, a menudo excéntricos -cuya ignorancia no puede confundirse con "distancia cultural" o "contracultura", puesto que se trata de sectores acomodados de la sociedad global-; o bien, preocuparse por aportar materiales e historias que puedan ser usadas para desnaturalizar y señalar la arbitrariedad de prácticas sociales injustas (lo cual inevitablemente se nutre de y contribuye a reforzar la autoridad arqueológica)<sup>17</sup>.

Para esto en vez de reforzar la unidad de la arqueología (que como dije sólo puede constituirse en torno a los aspectos técnicos) conviene por el contrario enfatizar la necesidad de integrar las historias resultantes al análisis cultural, sociológico e histórico; diseminar la arqueología en las diferentes temáticas en las que resulta



relevante (estudios clásicos, mayas, coloniales, andinos, históricos, etc.) y desde las cuales resulta mucho más potente el planteamiento de un discurso crítico que desde la posición del especialista en un conjunto de técnicas de recuperación de información.

La existencia de un único nombre -arqueología- para aludir a prácticas disciplinarias muy diversas, sin duda introduce un elemento de confusión. El término prehistoria no puede evitar cierta consideración peyorativa de las sociedades sin escritura, y además resulta insuficiente para definir el campo de estudio de la relación entre sociedad y cultura material. Para algunos resulta injusto ceder el término arqueología a los que enfatizan la cuestión del método especializado, dado que arqueología implica desde Platón la búsqueda de lo más remoto (Malina y Vacisek 1990:3). A su vez, el término arqueografía, que podría haber servido para efectuar distinciones dentro de la disciplina, ha tenido poca suerte. De hecho, la diferenciación a la que he aludido en términos de "instancias de interpretación" admite cierta analogía con la relación existente entre etnografía y antropología. De poco vale intentar legislar en materia de usos lingüísticos; la cuestión de fondo tiene que ver con el status otorgado a las actividades de recuperación del registro material, lo cual tiene implicancias directas respecto de la autonomía del campo disciplinario de la arqueología y de los discursos sobre el pasado producidos por ésta.

Más allá de la cuestión terminológica, lo que busco destacar es el hecho de que aparte de la actividad de excavar la tierra y de realizar inferencias acerca de las actividades llevadas a cabo en un determinado sitio en el pasado prehistórico, existe un vasto campo para el análisis cultural de las antiguas sociedades que usualmente queda vacío, pues ni antropólogos ni historiadores suelen hacerse cargo. Queda entonces sólo para la "arqueología teórica", la cual por lo general fracasa en el intento dado su escaso compromiso con temáticas particulares<sup>18</sup>.

Si este campo al que me refiero conserva o no el nombre de arqueología, en realidad poco importa. Quizás resulte más adecuado denominarla con distintos nombres que respondan a los de las sociedades bajo estudio en cada caso, etc.. La intención de este texto es la de alertar sobre la existencia de este campo y llamar a ocuparlo sobre todo desde las disciplinas que se encuentran en estrecho contacto. Creo que mediante la excesiva autonomía arqueológica se ha generalizado (hasta entusiastamente) un abordaje descontextualizado (propio para sociedades muy distantes en el tiempo y/o con baja visibilidad de su cultura material; por ejemplo: la de los primeros homínidos) para casos -como son frecuentes en América- en los cuales por diversas fuentes de información es posible comenzar el análisis con ciertos supuestos sobre las sociedades en estudio. Esto no constituye otra cosa más que un boicot contra los propios intereses de investigación.

#### **ELEMENTOS PARA UNA PRACTICA ALTERNATIVA**



En primer lugar, cabe señalar la propuesta de integrar la arqueología a las ciencias sociales y los estudios culturales: cuidando que la especificidad técnica y metodológica no impregne todo el discurso constituyendo una barrera infranqueable para esta comunicación, e "invadiendo" temáticas más allá de las prehistóricas y etnográficas, con el objeto de poner a prueba ante otras disciplinas nuestras concepciones, aportando nuestras perspectivas originales del largo plazo y de la relación sociedad-cultura material. Luego existen aspectos más particulares a los que me referiré brevemente a continuación.

### **La escritura de la arqueología**

Barthes llama la atención sobre el hecho de que para la ciencia el lenguaje es sólo un medio de crear un simulacro de su objeto real. El interés se pone exclusivamente sobre aquello de lo que se habla (el contenido) y no en el acto de hablar (Barthes 1987). Pero como la ausencia de signos también es significativa (Barthes 1987:168), ya hay en la arqueología quienes abogan por una deconstrucción del mito mimético del realismo, a los fines de exponer su naturaleza retórica (Olsen 1990:193), dado que sobre el desconocimiento de esta última condición se funda buena parte de la suficiencia positivista.

Como ha señalado Hodder, durante el curso de la excavación surgen numerosas dudas y debates en torno a la interpretación de lo que está apareciendo. Dado que excavación es sinónimo de destrucción, tales debates son fundamentales para decidir como seguir en la dirección apropiada. Sin embargo, las diversas posiciones no aparecen representadas en los informes resultantes.

*Una vez que se terminó la excavación y que se llegó a una interpretación final, volvemos para atrás y reorganizamos los datos de modo que resulten coherentes. Luego publicamos esta construcción como si simplemente describiera lo que había allí*

*(Hodder 1989b:272).*

Hodder coincide de este modo con Clifford, cuando éste señala que "la persona no representa, sino que racionaliza una experiencia de investigación" (Clifford 1988:110). Podría decirse entonces, que en el informe arqueológico la organización del texto<sup>19</sup> se enfrenta al roce de tres tiempos, en lugar de los dos que coexisten en el discurso histórico (Barthes 1987:164-165): al tiempo de la enunciación (escritura) y al tiempo de la materia enunciada (prehistoria) se agrega el tiempo del descubrimiento (secuencia de excavación). Esto último incluye las discusiones y relaciones de poder que en el campo deciden la dirección y la manera en que pueden realizarse los hallazgos arqueológicos.

La "denuncia" de los diversos mecanismos textuales que pueden ser usados para reducir la polifonía de los textos científicos no implica que deba obligatoria-





mente usarse la primera persona en los informes arqueológicos para subrayar la empatía y intervención del observador (Bourdieu y Wacquant 1995:33). Lo importante reside en que la posición de éste sea sometida al mismo análisis crítico al cual se somete el objeto de investigación (Bernard 1990 en Bourdieu y Wacquant 1995).

Una forma concreta de transformar la escritura de la arqueología, que es coherente con lo dicho aquí respecto de la integración con el resto de las ciencias sociales, consiste (en una analogía con la historia) en reservar para notas y apéndices las referencias más detalladas respecto de objetos y sitios arqueológicos, dejando el texto principal para el discurso sobre la sociedad prehistórica en cuestión. Hay escasez de argumentación en muchos textos arqueológicos argentinos. Los artículos suelen estar atiborrados de datos empíricos, probablemente con el objeto de ocultar que muchas veces falta una definición de la interpretación respecto de los mismos. Es frecuente que en las conclusiones se elijan cuidadosamente las palabras, de modo de decir poco y más o menos en sintonía con la opinión vigente, de manera de no exponerse a los previsibles errores de aproximaciones que casi siempre son "preliminares".

### **Trabajo de campo**

El modelo de investigación sistemática en el terreno se impuso en la arqueología argentina recién en la década del '60, tras vencer algunas resistencias. Desde entonces, el trabajo de campo constituye una rutina anual de la gran mayoría de los arqueólogos argentinos. Sin desmerecer su importancia primordial, puede no obstante reconocerse cierto sobredimensionamiento del mismo, que en algunos casos se articula con la mencionada concepción "deportiva" de la disciplina. Se ha extendido ampliamente un modelo de investigación basado en un ejército de colaboradores que realizan una excavación sobre vastas superficies a lo largo de varias semanas. De manera que la investigación, que como dije constituye la inserción principal de los arqueólogos, se articula generalmente con una modalidad del trabajo de campo correspondiente a la casi inexistente arqueología de rescate.

Este sobredimensionamiento puede contribuir a la reducción de la diversidad de enfoques y formas de investigación "legítimas" dentro del campo arqueológico. Cabe mencionar entre éstas últimas al estudio de piezas de colecciones de museos, arqueología aérea, fenomenología del paisaje, etnoarqueología<sup>20</sup>, etc.. Una adecuada formulación del problema de investigación en base a los antecedentes bibliográficos posibilita la resolución de interrogantes sin tener que depender necesariamente del despliegue de grandes recursos económicos (véase por ejemplo González y Díaz 1992), que por lo general suelen estar fuera del alcance de los investigadores jóvenes.

El punto no está en si trabajo de campo sí o trabajo de campo no. Según el problema, el estado del conocimiento y los recursos disponibles puede haber



investigaciones que demanden uno o doce meses de trabajo de campo al año. El problema aparece cuando la instancia del trabajo de campo organiza el abordaje del problema de investigación; y esto puede ocurrir aún en el caso de programas que no dedican demasiado tiempo al trabajo de campo. En otro lugar hemos alertado acerca del gran peligro que se cierne sobre la práctica arqueológica: la cosificación de las unidades de análisis definidas operativamente para la etapa exploratoria, en el resultado o punto de llegada de la investigación (Nastri 1996). Esto implica la paralización del proceso dialéctico en el primer término del continuum análisis-interpretación con la consecuente imposición del primero sobre el segundo. De modo que creo que lo que hace falta es una práctica de campo menos esquematizada (salvo en el caso de los rescates, donde sí lógicamente debe imperar un criterio dependiente del impacto moderno sobre los restos antiguos) que se diferencie de la práctica deportiva y que no imponga sus criterios organizativos sobre la interpretación del pasado.

### **Transdisciplinariedad**

La diversificación del trabajo de campo implica también extender la vasta experiencia arqueológica en relevamiento empírico de objetos materiales a otras áreas del conocimiento, como el consumo contemporáneo, los cambios en el diseño industrial, la arquitectura, el vestido, etc. Grandes disquisiciones teóricas sobre modernidad y posmodernidad, etc., carecen de sustento empírico riguroso, algo que la arqueología está en condiciones de aportar. Es necesario transponer la división en compartimentos disciplinarios estancos para obtener una comprensión más rica de los procesos sociales en distintos contextos culturales. La historia de la arqueología y antropología en Buenos Aires constituye una clara muestra de los perjuicios del encapsulamiento tras la formalidad de una disciplina, que fue capaz de resistir la fuerte corriente modernizadora que a fines de los '50 alcanzó a todas las ciencias humanas (Guber, Rossato y Visacovsky 1996)<sup>21</sup>.

Por último debe tenerse presente que las ciencias sociales están ávidas de información sobre sociedades no-occidentales y prehistóricas. A falta de una comunicación eficiente, sólo pueden recurrir a tímidos comentarios, muchas veces estereotipados; pero existe un gran interés que lamentablemente no se corresponde con una actitud de difusión de sus problemáticas por parte de los arqueólogos. Estos se encuentran guarecidos en su especificidad, demostrando en cierto modo desprecio por quienes no comprenden su jerga. En contraste cabe destacar la obra de Vere Gordon Childe, como el más notable ejemplo de abandono del encierro disciplinario que caracteriza a la arqueología. Sus libros conocieron innumerables ediciones en diversas lenguas, alcanzando un vasto público.

### **Difusión**

El encierro de los arqueólogos argentinos no se limita al campo académico



(situación común en muchos otros países): alcanza también a su relación con el público en general (situación común con muchas otras ciencias sociales). La presencia de los arqueólogos en los medios es casi nula, por más que estén en el tapete temas como la conservación de los testimonios materiales del doloroso pasado reciente, o los planes de un ministro retirado de buscar tesoros antiguos. Cuando el arqueólogo aparece en los medios se limita a mostrar su look de campaña y describir los esfuerzos y aventuras que debió pasar para llegar a remotos lugares; o bien se envuelve en tediosas explicaciones sobre la delicadeza del trabajo con el cucharín y los miles de aspectos que presenta la recuperación de la información arqueológica. ¿Y el pasado? O más importante: ¿y la relación entre pasado y presente? De eso poco y nada.

La arqueología despierta un gran interés en el público general, desde circuitos turísticos (sobre todo ruinas) y documentales de televisión, hasta las películas de aventuras (¿sucesoras en la misión educativa de los museos de principio de siglo?), la arqueología aparece como un mundo romántico y fascinante en las puertas de lo desconocido. Este interés del público por las cuestiones arqueológicas constituye un gran potencial para la instalación en la sociedad de contrastes históricos y culturales que sobreexpongan la arbitrariedad de prácticas contemporáneas injustas y que se consideran naturales. Resulta difícil abstraer las arbitrariedades del mismo mundo en el cual una persona ha sido socializada. Si la curiosidad ingenua la conduce a la arqueología, debe aprovecharse este interés para presentarle modelos de sociedad notablemente diferentes que disparen el debate, las analogías y las comparaciones con la propia sociedad.

La indeterminación de las versiones del pasado que ofrece la arqueología debe usarse positivamente para provocar una toma de partido en relación con las implicancias respecto del orden social presente y futuro. Para esto es necesario que los arqueólogos dejen de lado su desprecio por la difusión al público y adopten un lenguaje llano, por ejemplo en artículos de revistas de tirada masiva. No es cierto que no puedan decirse cosas interesantes en un lenguaje accesible para el público general. En este sentido debe retomarse la lección de los sabios del siglo XIX. Tanto *El Capital*, como *El origen de las especies* fueron escritos para un público general<sup>22</sup> y sin duda constituyen análisis bastante más profundos y complejos que cualquier artículo de arqueología herméticamente escrito.

Si bien la literatura post-procesual ha conferido gran importancia a la relación del público con el pasado, por lo general ha colocado el énfasis en los museos (por ej. Shanks y Tilley 1987:68-100; Tilley 1998:322), seguramente en virtud del gran desarrollo en Europa de la denominada "industria de la herencia" (Hodder 1992:195). Sin embargo existen otros ámbitos, quizá de mayor resonancia que los museos, donde la participación de los arqueólogos encierra un potencial enorme y desaprovechado de acción sobre el presente: desde el periodismo y la



literatura, hasta el cine y la TV. Pero para desenvolverse en estos campos no-académicos, hace falta una asunción del papel de los arqueólogos como productores culturales, algo que aún está lejos de constituir una realidad.

## CONCLUSIONES

He buscado a lo largo de este trabajo reflexionar críticamente sobre la disciplina no para proponer un cambio en la misma hacia una dirección en particular, sino para combatir la sorprendentemente reducida variedad de enfoques existente. Esto no tiene que ver con una postura posmoderna de relativismo y de tolerancia multicultural sino con algo más elemental y menos sofisticado: existen diferentes instancias de interpretación y análisis arqueológico que son complementarias y no constituyen necesariamente paradigmas inconmensurables. El enrolamiento en una corriente arqueológica suele darse en el medio argentino en forma sumamente acrítica y superficial, a menudo basando la identificación de las distintas corrientes de pensamiento meramente por los términos empleados en el discurso. Sólo pretendí entonces llamar la atención respecto de la necesidad de introducir mayor reflexión en torno a la práctica de la arqueología.

A la arqueología se le ha dejado toda la responsabilidad respecto de las sociedades prehistóricas y antiguas, cuando dichas sociedades pueden ser no menos "complejas" que las sociedades históricas o contemporáneas, las cuales requieren un vasto número de disciplinas para dar cuenta de su realidad. Así, se pretende que el arqueólogo sea un experto en zoología (para inferir putas alimenticias a partir de restos faunísticos), botánica, sedimentología (para interpretar correctamente las matrices excavadas), petrografía, etnohistoria, arquitectura, artes, semiótica, etc. Dicho enciclopedismo es claramente impracticable hoy en día. Lo que a mi juicio hace falta en arqueología es un reconocimiento de los diversos intereses de investigación, y de la diferencia de instancias interpretativas en los abordajes del pasado, de modo de no plantear la distinción entre objetos de uso - objetos de significación como una competencia entre paradigmas (cf. Patrik 1985), sino como aspectos diferentes y complementarios de la realidad social. Realidad que es por principio inteligible dada la premisa de la semantización universal: "cualquier uso se convierte en signo de este uso" (Barthes 1971:44). Una de las tareas de la arqueología es dar cuenta de las clases y combinaciones de códigos usados en diferentes contextos histórico/culturales.

Hoy en día se impone la tarea de ampliar la audiencia de la arqueología hacia los sectores críticos del público general, como en los tiempos de Gordon Childe. Para tal fin sí creo que resulta útil una lección del Movimiento de Artes y Artesanías: en vez de unificar la práctica de la arquitectura, el movimiento disolvía



su especificidad (sin abandonar su *expertise*) entre otras artes. Tras tantos años de énfasis en el método y en las formas de hacer, llegó el momento de prestarle mayor atención al resultado.

El reconocimiento de las limitaciones tanto de los instrumentos clasificatorios como de las posibilidades de inferencia a partir del registro material constituyen un avance significativo hacia una ciencia reflexiva. Pero este "progreso" resulta insuficiente puesto que no supera la oposición entre verdadero y falso, hacia la consideración de la oposición crucial entre lo real y lo imaginario (White 1988:74). El metodologismo en modo alguno garantiza un acercamiento más ajustado a la verdad; sí, opera rigurosamente como un regulador y limitante para un efectivo despliegue de la imaginación arqueológica. Este es, en definitiva, el objeto de las luchas y competencias entre las distintas maneras de practicar la arqueología.

### AGRADECIMIENTOS

A Myriam Tarragó por los valiosos comentarios críticos que me permitieron reformular una primera versión del texto.

A Claudia Barros, con quien compartí enriquecedoras discusiones de las cuales surgieron varias de las ideas vertidas en este trabajo.

A Ana María Llamazares por sus observaciones y por tantos años de intercambios de ideas y bibliografía.

A Luis González por su apoyo y la lectura del manuscrito.

A Carina Martínez por la ayuda proporcionada en la elaboración del texto en inglés de una versión abreviada de este trabajo que fue presentada en el 4to Encuentro Anual de la Asociación Europea de Arqueólogos, celebrado en Gotemburgo en el mes de septiembre de 1998.

Todos ellos están exentos de responsabilidad alguna sobre el contenido de este trabajo.

### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BARTHES, R. 1971. Elementos de semiología. Madrid: Alberto Corazón. // 1987 El susurro del lenguaje. Barcelona: Paidós.
- BINFORD, L.R. 1988. En Busca del Pasado. Barcelona: Crítica.
- BORRERO, L. A. 1995. "Historia reciente de la arqueología patagónica". Runa 22:151-176, Buenos Aires.
- BOURDIEU, P. 1983. Campo del poder y campo intelectual. Folios ediciones, Buenos Aires. // 1994. "El campo científico". Redes. Revista de estudios sociales de



- la ciencia 1(2) diciembre, Quilmes.
- BOURDIEU, P. Y L. J. D. WACQANT 1995. Respuestas. Por una antropología reflexiva. México: Grijalbo.
  - BOURRICAUD, F. 1990. Los intelectuales y las pasiones democráticas. México: Universidad Autónoma de México.
  - CARVER, M. 1989. "Digging for ideas". *Antiquity* 63:666-674, Cambridge.
  - CLIFFORD, J. 1988. *The predicament of culture*. Cambridge: Harvard University Press.
  - CRIADO BOADO, F. 1993a "El control arqueológico de obras de trazado lineal: planteamientos desde la arqueología del paisaje". *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*, Vigo, vol. 2, pp. 7-14 // 1993b "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico". *Trabajos de prehistoria* 50:39-56, Madrid.
  - DEVEY, P. 1980. *Architecture of Arts and Crafts Movement*. Nueva York: Rizzoli.
  - FLANNERY, K. 1982. "The golden marshalltown: a parable for the archaeology of the 1980's". *American Anthropologist* 84(2):265-278.
  - GIDDENS, A. 1995. *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
  - GONZALEZ, A. R. 1993. "A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la Antropología argentina". *Runa* 20:91-110, Bs As.
  - GONZALEZ, A. R. Y P. P. DÍAZ 1992. "Notas arqueológicas sobre la "Casa Morada", La Paya, Pcia. de Salta". *Estudios de Arqueología* 5:9-64, Cachi.
  - HABER, A. 1995. "Supuestos teórico-metodológicos de la etapa formativa de la arqueología de Catamarca (1875-1900)". *Cuadernos de Investigación de la Facultad de Filosofía y Humanidades* 47(Publicaciones Arqueología, 1994): 31-54, Universidad Nacional de Córdoba.
  - HASSAN, F. 1997. "Beyond the surface: comments on Hodder's reflexive excavation methodology". *Antiquity* 71:1020-1025, Cambridge.
  - HODDER, I. 1989. "Comments on Archaeology into the 1990's". *Norwegian Archaeological Review* 22(1):15-18, Oslo. // 1989 "Writing archaeology: site reports in context". *Antiquity* 63:268-274, Cambridge. // 1992 *Theory and practice in archaeology*. Londres: Routledge. // 1997 "'Always momentary, fluid and flexible': towards a reflexive excavation methodology". *Antiquity* 71:691-700, Cambridge. // 1998 "Whose rationality? A response to Fekri Hassan". *Antiquity* 72:213-217, Cambridge.
  - LORANDI, A. M. 1992. "Faccionalismo y machismo en las ciencias sociales" Ponencia en el Simposio "Principios, normas y valores éticos en la práctica de la investigación social" del Encuentro Sobre Profesionalidad y Ética en Ciencias Sociales. *Revista de Antropología* 2(septiembre):59-63, Montevideo.
  - MALINA, J., Y Z. VASICEK 1990. *Archaeology yesterday and today*. Cambridge University Press, Cambridge.
  - MORIN, E. 1992. *El método IV. Las ideas*. Madrid: Teorema-Cátedra.





- OLSEN, B. 1990. "Roland Barthes: from sign to text". En *Reading material culture*, editado por Christopher Tilley, pp. 163-205. Oxford: Basil Blackwell.
- OYUELA-CAYCEDO, A., A. ANAYA, C. ELERA y L. VALDES 1997 "Social archaeology in Latin America?: comments to T.C. Patterson". *American Antiquity* 62(2):365-374, Washington.
- NASTRI, J. 1996. "Distribucion de instalaciones prehispanicas en el SO del valle de Santa Maria (NOA)". Informe Final de Beca UBACYT, categoria estudiante. Buenos Aires. // en prensa "Patrones de asentamiento prehispánico-tardíos en el sudoeste del valle de Santa María (noroeste argentino)". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 22(1997), Buenos Aires.
- PATRIK, L. 1985. "Is there an archaeological record?" En *Advances in archaeological method and theory*, vol. 8, editado por Michael Schiffer, pp. 27-62. Nueva York: Academic Press .
- PATTERSON, T. 1990. "Algunas tendencias teoricas de la posguerra en la arqueología estadounidense". *Boletín de Antropología Americana* 21:5-23, Mexico.
- PEREZ GOLLIN, J. 1997. "Comentario". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología (NS)* 21:359-366, Buenos Aires.
- SCHIFFER, M. 1987. *Formation Processes of the Archaeological Record*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- SHANKS, M., Y R. MCGUIRE 1996 "The craft of archaeology". *American Antiquity* 61(1):75-88, Washington.
- SHANKS, M., Y C. TILLEY 1987. *Re-constructing archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press. // -1989 "Archaeology into the 1990's". *Norwegian Archaeological Review* 22(1):1-12, Oslo.
- TARRAG, M. Y M. PIEIRO 1995. La práctica de la arqueología en Argentina. *Revista de arqueología americana* 9 (julio-diciembre):167-188, México: IPGH.
- THOMPSON, E. P. 1995. *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- TILLEY, C. 1991. *The art of ambiguity: material culture and text*. Londres: Routledge. // 1998. "Archaeology as socio-political action in the present". En *Reader in archaeological theory. Post-processual and cognitive approaches*, editado por David Whitley, pp. 305-330. Londres: Routledge.
- VISACOVSKY, S., R. GUBER Y E. GUREVICH 1997. "Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires". *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia* 10(octubre):213-258, Quilmes.
- WHITE, H. 1987. *El contenido de la forma*. Barcelona: Paidós.
- WILLIAMS, R. 1982. *Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós.

**FIGURA 1**

**NOTAS**





Figura 1



\* Becario de investigación de la Universidad de Buenos Aires. Museo Etnográfico "J.B. Ambrosetti".

1. Las referencias a situaciones antropológicas o de la prehistoria son frecuentes en el discurso de las disciplinas sociales. Es significativo que estas referencias por lo general se encuentran al comienzo de los textos, como nota de color, para capturar la atención del lector, y siempre quedan sin profundizar.

2. "Antropología histórica" quizás resulte la definición más adecuada.

3. Significativamente, estos dos países han sido los centros principales de desarrollo de la escuela de Arqueología Social Latinoamericana, de inspiración marxista.

4. La otra desviación está dada por el teoricismo (Bourdieu y Wacquant 1995).

5. La amplia acogida que recibió esta última frase en el medio arqueológico argentino resulta un hecho no poco significativo.

6. De esta manera adquiere sentido la afirmación de González respecto de que: "La adhesión a la escuela [Histórico Cultural en Buenos Aires] era mucho más proclamada que practicada, mucho más un problema de enfrentamiento personal o grupal ideológico que científico (González 1993:102). El mismo oportunismo teórico puede apreciarse en los últimos años, con la conversión de investigadores procesuales a posturas post-procesuales. El oportunista no es capaz de crítica profunda, ni siente la necesidad de reconocer a aquellos que optaron primero por la vía que él descubre hoy.

7. Tilley señala correctamente que la tragedia de gran parte de la arqueología contemporánea reside en que el "esfuerzo casi masoquista" de enorme trabajo de campo falla en lo que respecta a encontrar significado en el pasado (1991:15). Y precisamente lo que distingue a una historia común de una historia como disciplina de conocimiento es el descubrimiento de significado en la estructura que narra (White 1992).

8. Este evitamiento de las fuentes arqueológicas por parte de otros científicos sociales en gran parte puede deberse a la comodidad, pero fundamentalmente a la vigencia de una tradición de trabajo que bien puede calificarse de logocéntrica, en virtud de la metafísica de la presencia del texto escrito (Olsen 1990) y la prioridad de éste sobre otros medios de desempeño semiótico.

9. Si el arqueólogo no dispusiera de técnicas universales, ¿por qué entonces reservarle privilegio alguno en el acceso al registro arqueológico? Cualquier científico podría entonces desarrollar las técnicas adecuadas para cada caso particular!

10. Como señala Pérez Gollán, dicha postura implica la negación de la posibilidad de la crítica histórica (Pérez Gollán 1997:364)

11. Este hecho genera una situación curiosa: los datos pueden legitimar al investigador. Tener el permiso (en la práctica exclusivo) para el uso de una fuente (un sitio arqueológico) que sea reconocido como importante (por su antigüedad, su estado de conservación, etc.) le da al investigador un reconocimiento especial, que lo exime en mayor medida que otros colegas, de tener que defender o justificar muchos aspectos de su trabajo. El privilegio o capital de esos investigadores consiste entonces en poseer el monopolio de los datos de primera mano que son relevantes para el resto de los integrantes del campo. De modo que puede anotarse que otro de los rasgos que distingue a la arqueología consiste en el hecho de que, para alcanzar la originalidad y el valor distintivo en la producción científica que conduce al autor al reconocimiento y a la consagración, importan menos las cuestiones de prioridad (Bourdieu



- 1994), que las de propiedad.
12. Asimilables a las rutinas cotidianas o conciencia práctica de Giddens (1995:24).
13. Cuyas condiciones de generación no fueron registradas ni controladas y son por lo general irreproducibles en la actualidad.
14. En contextos académicos y sociales del tercer mundo, con frecuencia resulta más progresista el abogar por el cumplimiento efectivo de las formas de organización racional del trabajo científico (como recientemente ha reconocido Hodder [1998]) que funcione como freno a la extendida tendencia paternalista de organización de la práctica de investigación. A su vez, lo discutido arriba acerca de las características del campo arqueológico permite comprender que esta tendencia a menudo se articule con la "exigencia carismática de obsecuencia" en función de la realización de un objetivo supuestamente trascendente (Lorandi 1992).
15. "...la única esperanza de larga supervivencia para el edificio de las Artes y artesanías, era la revolución predicada por William Morris. La arquitectura de las Artes y artesanías floreció, brevemente, durante el tiempo en que el trabajo fue barato [...] Pero ninguno de los discípulos de Morris levó su socialismo revolucionario hasta sus últimas consecuencias [?]-incluso Ashbee se retractó. Y la mayoría de los folk [?] de las Artes y artesanías debió haber compartido con sus clientes, como Voysey, el horror respecto de un cambio social radical" (Devey 1980:212).
16. Como el caso de los "fringe groups" entre los cuales pareciera quedar limitado el impacto social del megaproyecto de Hodder en Catal Huyuk, sin poder justificar los fondos destinados a que él se encargue de la excavación (Hassan 1997:1021, 1025), a menos que se termine apelando a la libertad de mercado (sobre esta última cuestión véase Carver 1989:672).
17. Este tema sin duda requiere un tratamiento específico que supera totalmente los objetivos del presente trabajo.
18. En parte por dedicarse a la traducción y adaptación de diversos enfoques de las ciencias sociales a las problemáticas de la prehistoria. Aunque este hecho es muy positivo en relación al mayor encierro arqueológico previo, lamentablemente a menudo la introducción de los nuevos enfoques es tan sólo superficial o en abstracto, al sólo efecto de ser usado (otra vez!) como signo de distinción. De ahí que puedan apreciarse casos de utilización de dos o más enfoques de las ciencias sociales contrarios entre sí en la producción de un mismo arqueólogo en el lapso de unos pocos años.
19. Más exactamente aquello que los lingüistas denominan los shifter o embragues (Barthes 1987:164).
20. El trabajo de campo es en muchos lugares rurales de América una instancia de acercamiento a sociedades tradicionales que implica un involucramiento y participación activa del investigador con la otredad cultural, el cual difícilmente puede lograrse al frente de un gran contingente de trabajadores cuyo costo de mantenimiento exige la maximización del tiempo en las actividades específicamente "arqueológicas" de la excavación.
21. Debe aclararse, no obstante, que la resistencia irracionalista de la carrera de antropología de Buenos Aires difícilmente hubiera sido posible sin los efectos de las intervenciones militares en el orden constitucional.
22. Según observación de José Nun.

